

MI CAJA DE SEGURIDAD

Tío Esteban era muy anciano. Todos sus familiares y seres queridos ya habían fallecido. Todos sus ahorros se habían gastado; era casi ciego y sus piernas no podían sostener su cuerpo tembloroso. De modo que él pasaba los días recostado en un asilo para ancianos.

Un día su amigo y pastor, quién le visitaba muchas veces, le oyó decir en voz apagada: “¿Sabe que, Hermano Pastor? Yo soy rico. En mis años de negocio, yo tenía una caja de seguridad en la que guardaba todos mis documentos de valor. Siempre la tenía escondida bajo llave en mi ropero porque me apenaba por los ladrones. Pero, ahora tengo otra caja y quisiera que usted me hiciera el favor de abrirla y leerme algunos de mis documentos”.

El pastor, muy admirado quedó preguntándose: “Será que este anciano tenga todavía riquezas que solamente él sabe?” El pastor le preguntó “¿Dónde está la caja?”

“Allá está” contestó el anciano sonriéndose y señalando con el dedo una gran Biblia sobre la mesa.

El anciano dijo: “Quiero que me lea primero la carta del rey que otorgó mi perdón. Usted debe saber que durante muchos años yo fui muy rebelde en contra de mi Señor, pero un día un mensajero del Rey me trajo un perdón. ¿Me hará el favor de leer este documento?”

El pastor leyó Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna”.

“Ahora me hace el favor de leer mi certificado de adopción”. El pastor leyó: “Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba Padre!” (Romanos 8:15).

“Hágame el favor de leer mi póliza de seguro de vida”, y el pastor leyó: “Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna” (I Juan 2:25). “Tengo también una póliza de seguro contra accidentes” dijo Tío Esteban. “Esa la sé de memoria” y citó: “Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28).

“¡Gracias a Dios!” dijo Tío Esteban “Ahora vamos a ver mi póliza de seguro contra incendios. Lo va a encontrar subrayado en II Pedro 3:12-13.” Entonces el pastor leyó: “Los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán. Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”.

“También tengo el testamento que mi Padre me dejó, y juntamente con él está mi título de propiedad: ‘En la casa de mi Padre muchas moradas hay . . . voy, pues, a preparar lugar para vosotros’” (Juan 14:2-3). “¡Lugar para mí, lugar para mí!” exclamó Tío Esteban, “y soy accionista en esta grande empresa”. El anciano con esto recostó nuevamente su cabeza sobre su almohada – cansado pero radiante. El pastor salió del asilo y por la calle iba cantando: “Oh, hijo de Dios, Heredero de gloria, ¡Cuán grande la herencia que te espera!”